

## EVARISTO RIBERA CHEVREMONT

(San Juan, 1896-1976). Uno de los poetas más líricos de la poesía en Puerto Rico es, sin lugar a dudas, este enorme poeta de variada palabra. Todavía su obra dispersa en periódicos y revistas merece la pena de ser recopilada y estudiada. Sus libros iniciales, *Desfile romántico* (1914) y *El templo de los alabastros* (1919), quedaron excluidos de sus obras completas, por indicación del poeta. Posiblemente, se equivocó, pues esos libros, a pesar de ser fruto de sus primeros pasos, marcan un claro derrotero dentro de la poesía en Puerto Rico, especialmente el segundo. Ejemplo de la riqueza que entraña la poesía de Ribera Chevremont que descansa en paz en periódicos y revistas es el poema que reproducimos aquí, “La ciudad roja”. A ningún poema de la literatura puertorriqueña se parece, por lo menos de los que conocemos. Una dicción cercana a la de la poesía de Guillaume Apollinaire, específicamente en el poema “Hay”, con sus enormes líneas que insisten en el haber de una existencia tocada por la guerra, por el caos de la mortandad. Una dicción profética, como la del mejor Neruda en *Residencia en la tierra* y *Tercera residencia*, abre una herida roja que parece atemorizar con la maldad de un día ensangrentado. Los elementos del poema son similares a los de William Blake. Pensamos, sobre todo, en *El libro de Urizen*. La amenaza de un caos del mal aterroriza. La cadencia lenta en largos versos –suplicio interminable– es evidentemente de tradición apocalíptica. Mientras más se acumulan los detalles de la ciudad fantasmal, más se decanta el yo lírico hacia una desolación enigmática. Sumada al verbo “hay”, la frase “yo conozco”, que se reitera a lo largo del poema, como una anáfora implacable, logra la tensión de las mejores poesías afiliadas a lo gótico. Como la ciudad de la muerte de Poe, como los abismos que celebra Blake, esta herida abierta en el planeta representa la posibilidad del mal humano desatado sobre la tierra. Sin embargo, el yo lírico recuerda al final del texto que no debemos olvidar que el Arcángel Miguel también mata; es decir, la maldad no se desata sin su contrapartida. El “Yo conozco” inicial, que se reitera a lo largo del texto, abre una posibilidad nefasta que no solo implica la existencia de la ciudad roja, sino las posibilidades que hay en ella para el humano. La visión telúrica de la ciudad roja desata una preocupación por la maldad humana y por sus consecuencias. El yo lírico, testigo de esa maldad, insiste en la persistencia de un recuerdo que aflorará posteriormente. De ahí, el carácter profético y apocalíptico del poema. La ciudad roja ha sido edificada por los seres humanos y en ella solo existe una destrucción reiterada. Como producto de entre guerras mundiales, “La ciudad roja” no deja de invitarnos a la meditación acerca de la destrucción humana sobre la tierra, de la misma manera que se verá en los versos de *Residencia en la tierra*, de Neruda. En esa ciudad, el yo lírico augura un día particular en el cual se desatará la maldad absoluta, en el cual la tierra será un infierno: “Un día en que el aire quema y las nubes pasan como barcos llenos de odio”. No solo la naturaleza es expresión de la maldad humana, sino que las casas, los templos, los barcos, entre otras hechuras humanas, asumen el odio y la venganza particulares del ser humano: “Un día en que las casas tienen miradas torvas y amenazan con los brazos de sus columnas”. Ese día nefasto es, también, el día en que el ser humano desencadena su animalidad; es decir, expone su verdadero ser. Ese día nefasto es el momento particular en el cual Satanás, los sátiros, los demonios, las brujas, celebran su liberación espectral y la monstruosidad. Sin embargo, la visión desoladora de ese espacio de perversidad queda paralizada hacia el final del poema, con la afirmación de la existencia aun del Arcángel que también mata, lo cual implica la guerra continua entre el Bien y el Mal.

## La ciudad roja

Yo conozco una ciudad roja,  
una ciudad de sangre,  
una ciudad de arcos, torres y cúpulas rojas,  
una ciudad que simula enorme herida en el planeta.

Yo conozco una ciudad de palacetes rojos,  
una ciudad edificada por los hombres iracundos.

Hay un día en que todos los hombres matan, o quisieran matar:

/ Un día rojo.

Hay un día en que la ciudad se siente presa de espíritus coléricos.

Hay un día en que Cristo abandona la ciudad:

el día en que Satanás se libra del pie y de la espada del Arcángel.

Hay un día en que las campanas suenan a rojo.

Un día lento.

Un día en que el dios rojo se enfurece y aúlla por boca de los demonios

/ de piedra.

Un día en que los perros rompen las cadenas que los atan.

Un día en que los hombres pierden su orgullo y su eternidad.

Un día en que la Muerte ronda, con capote encarnado,

por las calles como manos de muchos dedos.

Un día en que el aire quema las nubes y las nubes pasan como barcos

/ llenos de odios.

Un día en que las casas tienen miradas torvas y amenazan con los

/ brazos de sus columnas.

Yo conozco una ciudad roja,

una ciudad de sangre,

una ciudad que se desnuda y muestra su carne de fuego,

su carne quemada y mordida por los tenedores de los diablos,

su carne de granito rojo, ulcerado, pútrido.

Hay un día en que los hombres son lo que son en realidad:

hay un día en que los hombres tienen pezuñas hendidas como los

/ sátiros;

hay un día en que los hombres tienen rabo como los monos;

hay un día en que los hombres tienen ponzoña como los alacranes.

Tal día es el minuto de la ciudad roja,

la ciudad de sangre,  
la ciudad gobernada por Satanás, libre del pie y de la espada  
/ del Arcángel.

Yo conozco una ciudad roja,  
una ciudad de arcos, torres y cúpulas rojas,  
una ciudad que brilla un momento para matar.  
Porque hay un día en que todos los hombres matan.  
Un día en que las pasiones hincan su diente venenoso en los espíritus  
/ y los embriagan con el licor siniestro del crimen.  
Un día en que el barro del hombre se acuerda de su caverna y de su  
/ animal bruto y celoso.

Un día en que Antares arroja la idea del mal entre los exaltados.  
Un día en que la máscara solar agita su cascabel sobre el cadáver azul  
/ de la luna.

Un día en que la lluvia es roja y las brujas danzan en los tejados.

Yo conozco una ciudad roja  
y sé de un día en que todos los hombres matan.  
Yo veo las rojas corrientes,  
extrañas proyecciones de cerebros enloquecidos,  
lúvidas marejadas de espantosos ruidos,  
retazos de intenciones y sentires perversos,  
monstruosos maridajes de tigres y serpientes.

Yo conozco una ciudad roja,  
una ciudad de sangre,  
una ciudad que construye barricadas,  
mientras las quimeras de las catedrales  
aguzan hacia el cielo sus alas rojas y sueñan desgarrar el vientre del  
/ mito.

Es un día señalado con lápiz rojo en la Biblia de los Profetas.

Yo conozco una ciudad roja,  
una ciudad de sangre,  
y sé de un día en que todos los hombres matan.  
Yo camino detrás de un ángel  
y veo las saetas rojas que surcan el aire,  
avisos rojos que envían los diablos en oleajes lentos,  
halcones rojos contra estrellas blancas,

cuervos con el hambre de la muerte,  
heraldos rojos portadores de la devastación,  
heraldos rojos con las trompetas anunciadoras del Juicio Final.  
Yo conozco una ciudad roja,  
una ciudad de sangre,  
una ciudad que parece rodeada de estandartes rojos.  
Yo conozco una ciudad con escuelas y templos rojos, donde los  
/ doctores y los santos son rojos.

Y sé de un día,  
un día lento,  
un día en que Satanás impera...  
Tal día los hombres huyen de un ángel  
cuyos ojos están colmados de luz.  
Tal día todos los hombres quieren matar  
y complican entre sus nervios la madeja tenebrosa de sus pecados.  
Yo conozco una ciudad roja,  
una ciudad de sangre.

Yo sé de un día en que todos los hombres matan:  
Hay un día rojo en la ciudad roja,  
la ciudad cogida entre las redes telepáticas de hilos rojos y  
/ relampagueantes.  
Un día en que los hombres tienen la idea del mal y arrancan sueños  
/ y vidas.

Yo conozco una ciudad roja,  
una ciudad de sangre.  
Y sé de un día en que todos los hombres matan.  
Matan con el hierro y con la mentira, con el puño y con la mente.  
El Arcángel de cabello dorado los persigue, luminoso y vengador.  
¡Porque el Arcángel también mata...!  
¡El Arcángel también mata en ese día rojo de la ciudad roja!<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Evaristo Ribera Chevremont, "La ciudad roja", *La Linterna*, año II, número 51, 30 de octubre de 1926; p. 7.